

RAFAEL CEBRIÁN GIMENO
Miembro del Centro Excursionista de Valencia y de
la Real Sociedad Económica de Amigos del País

JOSÉ ALBELDA RAGA
Director del Área de Medio Ambiente
Oficina Verde de la UPV

VICENTE A. CLOQUELL BALLESTER
Profesor del Dpto. de Proyectos de Ingeniería de la UPV

Mesa redonda sobre LAS HERIDAS DE LA TIERRA





**LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS Y
EL CENTRE EXCURSIONISTA DE VALENCIA**

Se complacen en invitar a la Conferencia-Coloquio que sobre: "Las Heredades de la Tierra", se celebrará el día 21 de Octubre, a las 18:30 horas en el Centro Cultural de BANCAIXA, Plaza de Tetuán, 23, en la que intervendrán:

Sr. D. Rafael Cebrián Gimeno, Escitor, miembro del CEV y de la RSEAP.
Sobre el tema: "La Revalorización del Paisaje"

Sr. D. José Albetón Raga, Director del Área de Medio Ambiente, Oficina Verde de la U.P.V.
Sobre el tema: "La Estética negativa de la intervención de la cultura dominante del Paisaje"

Sr. D. Vicente A. Cloquell Ballesta, Profesor del Departamento de Proyectos de Ingeniería de la U.P.V.
Sobre el tema: "Análisis de la Percepción del Paisaje"

Colabora: **BANCAIXA**

Valencia, 21 de Octubre de 2004

LA REVALORIZACIÓN DEL PAISAJE

Rafael Cebrián Gimeno

Escritor, miembro del CEV y de la RSEAP

Concepto del paisaje

EN principio cabe preguntarse: ¿qué es el paisaje? El paisaje es un concepto abstracto, una información que percibimos de un espacio a través de nuestro sistema sensorial. Contamos pues, de entrada, con una manifiesta subjetividad en la visión del paisaje, en cuanto que éste es inmutable en sus componentes físicos, pero su interpretación no tiene igual lectura para todos, difiere según el observador, de manera que el paisaje es la mirada del que lo contempla por su manera de percibirlo e identificarlo con sus valores personales. Observamos el paisaje a través de nosotros mismos, desde el filtro de nuestras convicciones, sentimientos, sensaciones y bagaje cultural. La mirada es creativa y nos da su íntima significación, generalmente muy difícil de expresar con palabras.

Y, así pues, podemos hacer ciertas clasificaciones convencionales: paisaje científico, económico, geográfico, humano, botánico...hasta mítico y religioso...ecológico, ecológico en cuanto a su contemplación como un medio natural en el que no ha intervenido el hombre. El paisaje cultural, el determinado por la acción del hombre y su aportación estética, en los campos, las poblaciones, construcciones, los caminos... El paisaje como un espacio esteticista de contemplación, para el arte, la meditación, el ensueño...e idealizado por el excursionista y el alpinista, como campo de juego y de libertad, encuentro y diálogo con la naturaleza, mediante una peculiar actitud ante sus componentes estéticos, de cambiantes tonalidades al paso del día y de las estaciones, de escenarios y sensaciones que nunca son iguales y que sentimos identificados profundamente con nuestro estado de ánimo.

En un sentido social, el paisaje adquiere dimensión como referente territorial con el que se vinculan afectivamente las gentes de un lugar, con el acendrado sentimiento de pertenencia a un espacio determinado, en el cual los grandes accidentes del relieve cobran vida y pasan a ser, en ocasiones, símbolos, a los que se les confiere un valor abstracto de posesión, especialmente las montañas, sacralizadas como *mi montaña* o *nuestras montañas*. Un arraigado sentimiento que los nacionalismos han utilizado como tótem de identidad y metáfora de su indestructible permanencia. En el imaginario místico del hombre, el mundo de las montañas es la morada de los dioses en todas las religiones, sus cimas, cuan-

to más inaccesibles, mejor entronizan para las creencias esotéricas las inalcanzables divinidades.

En contraposición a esta idealización del paisaje, el campesino, el marino, en general el hombre enfrentado a la naturaleza como medio de vida, genera un lógico rechazo por la rutina de contemplación de un escenario que para él es, solamente, lugar de sinsabores y trabajo, de permanente incertidumbre ante la hostilidad del medio y por la dependencia a los caprichos de la meteorología; por el peligro físico inherente a ciertos oficios y por el distanciamiento familiar o social que conlleva. Comprensible actitud antagónica a la de una sociedad eminentemente urbana, nostálgica por los paraísos perdidos y de retorno a la quietud de la naturaleza.

Y, dentro de esta vertiente de observación que despoja al paisaje de su valoración idealizada y contemplativa, aparece la concepción materialista y especuladora de los espacios naturales: la armonía de la naturaleza y la pureza de sus composiciones como mera mercancía y meta productiva, sin mas consideración que la rentabilidad que proporciona el saqueo de sus bienes naturales. Según esta óptica, la pureza del perfil de las cumbres es el lugar idóneo para instalar un tren de torres eólicas; los grandes espacios libres e incontaminados, para las urbanizaciones, minas, canteras, planes hidráulicos...el bosque profundo, son metros cúbicos de madera...un largo etcétera de actuaciones, muchas veces enmascaradas como de interés público que conlleva la destrucción del paisaje y que resumimos con *las heridas de la tierra*: la expresiva y acertada metáfora del amigo Albelda, compañero en estas intervenciones. Con esta figura, Albelda titulaba su obra pictórica seleccionada para *Artistas per la natura*, un evento cultural del Centro Excursionista de Valencia, conmemorativo de Cavanilles, en su edición del año 2001 y que hemos utilizado como titular de síntesis para este encuentro y reflexión por la conservación de los grandes santuarios naturales todavía existentes en nuestras comarcas, permanentemente amenazados en su integridad y belleza.

El paisaje cultural

El paisaje que en la actualidad contemplamos es la consecuencia de la ancestral interrelación del hombre con el medio. Las sociedades humanas han utilizado la naturaleza y sus recursos como espacio de vida, desarrollo y supervivencia. El aprovechamiento del medio y sus recursos, invariablemente comporta su alteración, un hecho indisociable en la evolución del paisaje. Contemplamos un entorno transformado a la medida del ser humano, un paisaje cultural y social inerte que es la memoria del pasado y reflejo de las sociedades extinguidas que lo transformaron.

Durante milenios las sociedades arcaicas y tradicionales modificaron su entorno a fin de satisfacer sus necesidades materiales en la constante evolución y demanda de productos, desarrollando estrategias de adaptación al medio que

necesariamente suponían la subordinación y convivencia con los ciclos naturales. Las estaciones y la climatología marcaban los ritmos de producción y de trabajo. Y, asociados a estas inalterables pautas, se configuraban los comportamientos sociales, domésticos, hábitos culinarios, las festividades, el mundo espiritual de las creencias... Por esta dependencia a los recursos naturales, procuraban no sobrepasar los límites irreversibles en su renovación, evitando el punto sin retorno que hipotecaba el futuro y la propia subsistencia: *la sostenibilidad*, como principio y orden natural, término que en nuestra época adquiere especial relevancia como filosofía conservacionista, por la desmesurada y acelerada destrucción de los ecosistemas. Por lo cual, la convivencia con la naturaleza establecía una cierta armonía con el medio y un equilibrio basado en estrategias de previsión garantes de la continuidad de los productos básicos.

El hundimiento de las economías tradicionales, consecuencia del desarrollo industrial, y las profundas transformaciones socioeconómicas inherentes al mismo, subvierte este equilibrio, con el inmenso poder de destrucción a cargo de las nuevas tecnologías y la insaciable demanda de productos primarios de un irresponsable modelo depredador *del todo vale*, fomentado por el consumismo y atento solamente a millonarios beneficios inmediatos, sin distribución social, repartidos entre muy pocos privilegiados del colectivo. Bajo estos parámetros especulativos, la amenaza gravita de forma permanente sobre los grandes espacios, santuarios del mundo natural y cultural. Su acción provoca lesiones irreversibles en los paisajes: *las heridas de la tierra*.

El colapso de las sociedades vinculadas a la tierra, tras siglos de ocupación y vida frente a las montañas, ha depositado la huella material de sus industrias, economías y formas de ocupación del territorio, un mundo inerte e inerme en el que yace la información de su pasado, herencia a incorporar en todas sus expresiones culturales, materiales, documentadas u orales, a la esfera patrimonial de nuestra sociedad, como valioso escenario etnográfico amenazado. Hacia este inestimable legado hay que dirigir la mirada del ciudadano y fomentar *el derecho al paisaje*, antes de su irremediable pérdida, de que sean borrados los vestigio de formas de vida y su aportación estética al paisaje, y antes del deterioro y pérdida de la biodiversidad en los ciclos dentro de los que, como especie, formamos parte.

La erosión y alteración antrópica de los ecosistemas naturales, consecuencia de siglos de utilización, tras su abandono por el hombre se recuperan en gran manera, restañan sus cicatrices, al menos en parte, en un lento y esperanzador proceso evolutivo hacia las formas primigenias. Mientras que las heridas producidas por el desordenado e irresponsable desarrollo, industrial y urbanístico, ha deformado de manera irreversible grandes extensiones de nuestra tierra, arrasando su morfología y cobertura vegetal. Basta con citar, solamente, la magnitud destructiva urbanizadora del litoral que ha sepultado bajo el cementado, sin la más mínima reflexión medioambiental, lo más bello de nuestras doradas orillas mediterráneas. Las consecuencias de esta frenética actividad especulativa ya anuncia sus consecuencias negativas en el previsible retroceso de un turismo cada vez más exigente con el respeto al medio natural.

Paisaje social y Patrimonio

Los restos materiales, documentales u orales de las sociedades extinguidas, en general todo vestigio de su originalidad creativa y de su lucha de adaptación al medio, por definición pasa a ser patrimonio, con un valor atribuido de significado cultural que no tiene una medida económica ni especulativa. Es un valor abstracto íntimamente asignado, principio por el cual, este legado se convierte en un bien de consideración social que pertenece a la esfera pública y, por lo tanto, una obligación institucional conservarlo y un deber ciudadano exigir su cumplimiento, quien a su vez, debe implicarse en el proceso: es deseable que la sociedad civil sea parte activa en su reivindicación y que su voz llegue a los parlamentos. Para ello es necesario dirigir la mirada del ciudadano hacia este universo de los paisajes naturales y culturales, en los cuales está la información del pasado y cuya destrucción supone borrar nuestra propia historia y las señas de identidad de un pueblo.

La Comunidad Valenciana. Bosquejo de un conjunto de paisajes singulares

Los rasgos físicos del relieve en el territorio valenciano definen en toda su multiplicidad las características del paisaje mediterráneo. Nuestros paisajes conjugan admirablemente, en la desigualdad de sus manifestaciones, la rica biodiversidad mediterránea y son, al mismo tiempo, el exponente de su extrema fragilidad. Sobre este medio natural de mar, estrechas llanuras litorales y montañas, yace el milenario legado de las culturas desde la Prehistoria, la antigüedad clásica y las sociedades tradicionales, pudiendo afirmar que es uno de los territorios de Europa con mayor acumulación patrimonial, legado de un denso pasado histórico.

Vivimos una Geografía accidentada, donde la diversidad podría ser su distintivo. De geoestructura política alargada de norte a sur y de escasa profundidad hacia el interior, un litoral de unos 400 kilómetros flanqueado por una orla montañosa interior que nos define como un país montañoso, uno de los más montañosos de Europa y entre los que más de la península. A la desnivelada topografía se une la adversa climatología, de microclimas extremos. Una suma, en fin, de componentes expuestos a grandes rasgos y a trazos gruesos que caracterizan un país de notables desigualdades.

La dualidad de estos componentes, geográficos, diversidad medioambiental y disfunciones y desequilibrios internos, confieren una notable complejidad a nuestra tierra, al medio natural y, como consecuencia, a la ocupación humana, con singulares respuestas a la hostilidad y carencia de recursos del medio físico. Por ello, dentro la patente dicotomía de la Comunidad Valenciana, no podemos hablar de un paisaje representativo, donde con más propiedad hay que hablar de paisajes: los vulgarizados clichés al uso, son habitualmente tópicos que solamente responden a limitadas parcelas de nuestro relieve e idiosin-

crasia. Este conjunto de paisajes singulares, naturales y culturales, (albergamos todos los paisaje de España, marinos y montañosos, menos la alta montaña) nos dan la concepción abstracta, intuitiva y sensorial de lo que llamamos **Mediterraneidad**.

A partir de los años 50/60 del siglo XX, la tardía revolución industrial aceleró el declive de las economías tradicionales que, incapaces de contrarrestar el desarrollismo industrial, sucumbieron ante un nuevo marco social y laboral. El colapso de estas economías ha dejado un paisaje cultural **inerte e inerme**, congelado en el tiempo, pero sumamente expresivo como testimonio de formas de vida que históricamente lo sustentaron durante siglos: poblaciones, masías, los campos en graderío, pozos de nieve, castillos, ermitas, poblados y cavernas prehistóricas, pinturas rupestres, caminos... una enumeración que no agota el prolijo inventario etnológico.

La convulsión originada por este desplome social -un hecho todavía cercano en el tiempo-, en el tránsito de las sociedades preindustriales a las industriales, se originó en nuestro país con gran celeridad, un proceso que en la Europa desarrollada tuvo un ritmo progresivo desde el siglo XIX. La forma atropellada que en España se despachó tamaña convulsión socioeconómica, en tan sólo dos o tres décadas, no dio tiempo a que la sociedad valorara y adquiriera una concepción patrimonial del mundo que se desplomaba, que asimilara culturalmente el proceso, al que asistían con indiferencia y dejación las autoridades culturales del momento. Por otra parte, los desertores del medio rural, dejaban un pasado y un hogar sin añoranzas, de raquitismo económico e injusticia social. Razones por las cuales gran parte del paisaje cultural diseñado durante siglos se ha desvanecido, y con él la ocasión de recopilar los testimonios, materiales y documentales representativos. No está muy lejos en el tiempo la creación de museos etnológicos. El panorama es ahora afortunadamente diferente, con la sociedad civil más concienciada, de creciente sensibilidad hacia el medio natural y cultural, gana espacio la consideración patrimonial y su conservación.

El compromiso del excursionismo cultural. El Centro Excursionista de Valencia

El excursionismo cultural, por su directo contacto con la realidad física y humana de la tierra, ha vivido este declive y ha sido cronista de la transformación del mundo rural y el desmantelamiento de las sociedades tradicionales, activas en todas sus manifestaciones hasta los años 50 del siglo XX. El colectivo excursionista ha sido, por su relación emotiva y cultural con el paisaje, parte activa en su defensa, ha sentido antes que otros colectivos en sus sentimientos... *las heridas de la tierra*... Tuvo, tempranamente, conciencia de lo que significaba su pérdida, cuando todavía la situación no había suscitado la alarma en medios sociales e, incluso, el mundo académico lo ignoraba o le dedicaba escasa atención.

Nuestro excursionismo tiene sus antecedentes en Cavanilles; después la

Renaixença, y su impulso en la recuperación del pasado, las señas de identidad de los pueblos y descubrimiento del propio paisaje, evolución en la visión del entorno y embrión de un excursionismo asociativo en los años 30 del siglo XX, abortado por la guerra civil, pero que fue el fermento fundacional en el año 1946 del Centro Excursionista de Valencia, sociedad decana del excursionismo de la Comunidad. El compromiso de defensa de los paisajes forma parte del ideario fundacional de esta sociedad. Una línea reivindicativa pionera, con un proyecto y un objetivo permanente, alimentado con actuaciones compartidas con otras entidades excursionistas y culturales.

Para el Centro Excursionista de Valencia, la formación generacional en el conocimiento del propio país y en los principios de respeto al paisaje natural y humano son fundamentales, impartiendo la pedagogía del paisaje, la lectura del mismo a través de claves que ayuden a su comprensión y valoración, fundamento para la extensión de una conciencia cívica reivindicativa necesaria para crear el derecho al paisaje, y como consecuencia, su conservación. Un denodado esfuerzo sostenido, no siempre bien comprendido e impulsado por varias generaciones, invariablemente, con más voluntad y esfuerzo humano que recursos.

El excursionismo tiene sus raíces en la Ilustración, la revolución cultural del pensamiento que prefigura la visión idealizada y desinteresada de la naturaleza y que afirma el Romanticismo, dando contenido a la ideología del excursionismo y del alpinismo. Junto a la lucha de clases, el dominio de la naturaleza, en el encuentro ante su hostilidad y fuerza incontrolable, conforman los grandes retos del hombre en su supervivencia. La naturaleza era el temido lugar de supersticiones y temores, de imaginadas criaturas poblando sus misteriosos parajes. La Ilustración desvela sus secretos e interpreta su historia, proclama la soberanía de la razón sobre las supersticiones y la revelación, configurando una nueva relación del hombre con el paisaje.

La Ilustración se documenta en el laboratorio de la naturaleza, en la aventura geográfica, las experiencias viajeras y observaciones sobre la tierra (Recordemos las Observaciones de nuestro ilustrado Cavanilles, un precursor de la Ecología y referente de nuestro excursionismo) y botánicos de campo más que de gabinete. En el siglo XIX se traspone la última frontera geográfica de Europa, con la escalada de las cumbres de los Alpes: nace el alpinismo, una actitud singular sustentada por una nueva relación desinteresada y sublimada del hombre con la naturaleza más dura e inhóspita, un diálogo solamente posible bajo condiciones sociales y económica de prosperidad y conocimientos, capaces de alejar su adversa visión. La valoración desinteresada de la naturaleza por parte de la sociedad, es un lento proceso generacional que, como en todo cambio del pensamiento y mejora humana, depende de la educación y medios económicos. No es casual que la Real Sociedad Económica de Amigos del País y el Centro Excursionista tengan un espacio común, compartido en este encuentro, en el año 2004, en el que conmemoramos el doscientos aniversario de la muerte de nuestro gran ilustrado Antonio José Cavanilles.

A modo de reflexión final, tengo la convicción de que el excursionismo, como una actitud y forma de vida, contribuye a configurar un posible y deseable mundo mejor, sin violencia y más solidario: Ecología y pacifismo son inseparables. En cualquier caso, la visión idealizada y desinteresada de la naturaleza, es un ejercicio contra la violencia y la agresividad competitiva imperante en la sociedad.

El Mundo mediterráneo se enfrenta dentro de su extrema fragilidad ambiental y acumulación cultural, a problemas de distinta índole, a diversos intereses y modelos económicos, bipolarización, globalización y cambio climático, entre otros amenazantes factores de negativa incidencia sobre la pureza de los paisajes. La reflexión se impone para que el crecimiento no sea siempre a costa del medio ambiente, ni a cualquier precio: *el todo vale* es inadmisibile, los paisajes es una herencia recibida para administrarla no para consumirla. Es necesario visiones y estrategias duraderas que no lleven a la naturaleza a puntos sin retorno, destruyendo paisajes diseñados por el tiempo, paisajes de la memoria y el ensueño y que, al mismo tiempo son el recurso económico del medio rural y su futuro. En fin, evitar y cerrar *las heridas de la tierra*.

Nota: Esta ponencia estuvo acompañada por una proyección de diapositivas, sin comentar, simplemente como fondo visual, de 150 imágenes representativas del paisaje valenciano de montaña, colección de Rafael Cebrián.

LA ESTÉTICA NEGATIVA DE LA INTERVENCIÓN DE LA CULTURA DOMINANTE DEL PAISAJE

José Albelda

Director del Área de Medio Ambiente.
Oficina Verde de la UPV

CUANDO hablamos del paisaje y de sus modificaciones hemos de tener presente que en la biosfera, pero también en la totalidad del universo, todo cambia constantemente como ya lo apreciaron los filósofos griegos, Heráclito, especialmente. Sean estos cambios –ciñéndonos a la biosfera– fruto de los meteoros y las sucesivas alteraciones climáticas, entre los que destacaríamos las glaciaciones, sea por la interacción entre las especies y el territorio que habitan. Así pues, no es el ser humano el único que modifica el paisaje. Todas las especies lo hacen, expresándose en el medio de acuerdo con la naturaleza de cada una; y cuando por un desequilibrio ecosistémico se desarrollan descontroladamente, sus efectos pueden ser devastadores, como es el caso de una plaga de langostas que puede arrasar cientos de hectáreas de cultivos.

Si bien es cierto, por lo tanto, que la acción humana no es la única responsable de las alteraciones ecosistémicas y de los cambios en la apariencia física del paisaje, ésta siempre ha influido de forma creciente desde los albores de la historia. Pero a otro ritmo mucho menor que en los últimos dos siglos, cuya aceleración en el impacto ha llegado hasta el punto de estar generando el primer cambio climático de origen antrópico.

Por tanto, lo interesante, una vez comprobado que todo cambia y que todo interacciona en la biosfera, es que el ser humano a desarrollado de forma exponencial una capacidad técnica que le permite actuar con una velocidad de transformación en el paisaje no sospechado antes de la revolución industrial. Pero antes de profundizar en este aspecto, cabe recordar que no todas las culturas adoptan los mismos patrones de relación con la tierra, como nos muestra la historia y la etnografía. Basta, para recordarlo, las fotografías de Arthus Bertrand, que nos muestra unas pequeñas huertas en Mali, todo un ejemplo de biodiversidad donde el paisaje humano que se genera resulta de una gran belleza y sin problemas de sustentabilidad. La agricultura, como es evidente, es también fruto de la técnica. Por lo tanto, el problema depende de qué uso hagamos de ella, y de la cosmovisión que la cultura hegemónica va imponiendo de forma globalizada y que ciertamente no potencia este modelo de intercambio respetuoso con el territorio.

Quizás sea un buen punto de partida, para comprender la cosmovisión que hemos heredado, contemplar unas fotografías anteriores en el tiempo a la contemporánea de las huertas de Mali, del magnífico documentalista Darius Kinsey, que ilustró las campañas madereras en los bosques de Seattle, donde grandes extensiones de secuoyas milenarias fueron arrasadas. Aquí se escenifica el triunfo de la fuerza humana, con escasas herramientas, sobre árboles milenarios. No descubrimos ni un ápice de culpabilidad en sus rostros, tan sólo la victoria metafórica de la cultura sobre la naturaleza salvaje. Pero estas imágenes, contempladas con nuestros ojos actuales, ya muestran la estética negativa de la devastación. Es importante destacar en las series documentales de Kinsey la transformación de un todo que entendemos como paisaje que debería ser preservado por su belleza, por su antigüedad, por su importancia cultural y ecológica, en simple materia prima para ir poco a poco y sin descanso construyendo un reino de artificio, simbolizado inicialmente en la ciudad moderna, que rompe el cordón umbilical con el entorno campestre, el vínculo natural que ostentaban las culturas agrícolas anteriores a la revolución industrial.

Pero no toda influencia de la especie humana en el paisaje tiene porqué ser negativa. Todo dependerá de si partimos de una cosmovisión depredadora o de equilibrio con los ecosistemas en los que intervenimos. Pensemos en construcciones bioclimáticas, huertas ecológicas, pequeños asentamientos locales abastecidos con energías renovables y un proceso de creciente relocalización de la economía. Este modelo cultural resultaría estéticamente integrado en el entorno y ecológicamente sostenible. Sin embargo, como todos sabemos, la cosmovisión dominante no suele respetar los límites de la capacidad de carga de los ecosistemas, ni previene el impacto paisajístico o la pérdida de biodiversidad, con las consecuencias negativas que a todos nos afectan. Pensemos en la polémica presa de Itoiz. Si bien hace medio siglo cualquier proyecto hidráulico era celebrado como una aportación cultural positiva, hoy en día al poner en la balanza las ventajas de almacenamiento de agua y generación energética, comparada con la polémica social y el impacto paisajístico y ecológico, ya no es tan evidente que sea mejor hacer una presa que no hacerla. Una actuación sobre el territorio que destruye la belleza del paisaje, que rompe el equilibrio de los ecosistemas y enfrenta a grupos humanos, puede indicarnos que esa forma de actuar supone un modelo de antropización negativa.

Centrémonos ahora en un ejemplo que nos resulta cercano: la herida lineal, geométrica, que supone el trazado del AVE sobre un paisaje de huertas de la Comunidad Valenciana. Es evidente que no hay integración sino corte, un corte estéticamente negativo desde el punto de vista paisajístico y sociocultural. No se trata aquí de optar por lo natural o lo artificial, sino de dos maneras de entender el diálogo con el territorio. La curva, el trazado popular y la estética biodiversa de un paisaje que se ha ido gestando y cambiando lentamente a los largo de los siglos, y una actuación técnicamente rápida y agresiva -que aquí nos sirve como metáfora de la herida-, que se impone sobre el territorio como

un palimpsesto, donde un nuevo modelo, el de la velocidad y la deslocalización de la economía, corta el mosaico de equilibrio de la anterior cultura agrícola.

Nuestro tiempo se caracteriza por un gran desarrollo de la técnica. Pero también es técnica puntera los paneles solares fotovoltaicos o las últimas técnicas en bioconstrucción. La clave es, pues, qué caminos emprendemos para el desarrollo técnico. Cómo utilizamos la técnica humana en relación al territorio y al paisaje en este caso, y cuáles deben ser sus límites estéticos y ecológicos. En realidad, en el ámbito de la ética ambiental, lo más importante es la conciencia de los límites. La única cultura y su técnica asociada que pueden desarrollarse sin causar heridas visibles a la tierra, e invisibles a la biosfera en su conjunto, es la cultura de la sustentabilidad. Hacer sólo aquello que permita el cierre del ciclo de los materiales y de la energía. No transformar la belleza del mundo en basura o contaminación. Todo ello, siguiendo las palabras del filósofo moral Jorge Riechmann, sólo puede llevarse a cabo a través de una cultura de la autocontención. Saber que todo lo que podemos hacer no es conveniente hacerlo, recordar que en una biosfera finita el crecimiento económico ilimitado es una quimera que se paga cara si quiere llevarse a la práctica como está sucediendo en nuestro tiempo. Por tanto, el reto está en reconducir la aventura humana bajo la sabia sentencia epicúrea: "suficiente es mejor".

La idea de la autocontención nos resulta extraña y difícilmente viable desde nuestra cosmovisión dominante, una sociedad de producción y consumo donde el proceso de antropización del entorno es cada vez más acelerado. Pero las consecuencias ya las estamos viendo: paisajes heridos por canteras y autopistas, ríos contaminados, pesquerías agotadas, el 80 % de los bosques primarios destruidos... Sin extendernos mucho en la descripción de los efectos, cabe pensar simplemente lo rápido que hemos cambiado el aspecto del planeta en los últimos 200 años, en comparación con los 2000 años anteriores, por ejemplo. ¿Cuánto tiempo podemos mantener este grado de intervención creciente sin destruir de forma irreversible la biodiversidad y la belleza extensa de la biosfera? ¿Es racionalmente argumentable este enfoque de la aventura humana, es el único posible? Ciertamente no parece serlo. Es el dominante, pero ni es el mejor ni, desde luego, el único posible.

El corte con lo que podríamos llamar "la escucha de la tierra", con su estética extensa, su ritmo, sus ciclos, que caracteriza a la socioesfera y tecnosfera contemporánea, cada vez más virtual, cada vez más alejada de la experiencia directa del territorio, nos conduce a su cosificación extrema como materia prima o a su tematización como museo de naturaleza. Paisajes escasos y no muy extensos comparativamente con la totalidad del territorio, que decidimos proteger de nosotros mismos. Y a esos lugares sin heridas acudimos para disfrutar un tiempo breve de la experiencia de lo que llamamos naturaleza. Pero debemos resistirnos a la museificación, en la medida en que ésta supone la muerte o deterioro de su presencia extensa, defendiendo un paisaje que no quiere perder su apariencia secular, verdadero patrimonio natural que no debe convertirse en simple territorio susceptible de ser explo-

tado. Conseguirlo no es fácil porque según dicen los ecólogos y economistas que han trabajado el difícil tema de la sustentabilidad, lo que hemos de hacer es ni más ni menos cambiar nuestra cosmovisión: aceptar los límites, saber comedirnos, pensar en las generaciones que vendrán después de nosotros, temer a nuestro propio poder de transformar el mundo. No someterlo todo a la regla del beneficio económico. El paisaje, la belleza del paisaje y de la biosfera nunca podrán tener precio.